

En torno a Keynes hoy

Por Javier Gorosquieta

Fines y medios

El economista más famoso e influyente del siglo XX, el británico John Maynard Keynes (1883-1946), pensaba con modestia de la Economía. Dijo, p. ej., en un famoso brindis, con ocasión del banquete de despedida que la "Royal Economic Society" le ofreció en 1945 al cesar en la dirección del *Economic Journal* que había presidido durante 34 años: "Brindo por la Economía y los economistas, que son los garantes, no de la civilización, sino de la posibilidad de la civilización".

La economía no era para él el fin de la vida humana sino el medio para su desarrollo. Anunció en su conferencia de Madrid del 10 de junio de 1930 un tiempo en que la economía haría posible que el "hombre pudiera dedicarse al cultivo de sus verdaderas aficiones (la literatura, el arte, la filosofía, la religión)".

En sus creencias habían influido sobre todo los *Principia Ethica* de su profesor de Cambridge, G. E. Moore. Para éste las únicas cosas valiosas por sí mismas eran los estados mentales —con clara prioridad sobre los estados de acción—, de los que el más valioso era el placer de las relaciones humanas, el disfrute de la belleza y el conocimiento. Estas eran las últimas cosas que merecían la pena en la vida: disfrutar de la amistad, el amor, la belleza, el conocimiento, la religión.

Y disfrutarlas ya, a plazo inmediato, a corto plazo. Moore le ofreció una ética para lograr buenos estados mentales a *plazo inmediato*, negando la categoría de bien a cualquier moral que exigiese el sacrificio actual del bien de los individuos. Keynes admiró también a Edmond Burke, que veía la felicidad de la sociedad en la consecución de *objetivos inmediatos*. "Los bienes que Burke proclama —dirá Keynes en un premiado trabajo sobre Burke en 1904— están todos en el presente: paz y tranquilidad, amistad y afectos, vida familiar y esos pequeños actos de caridad con los que una persona puede ayudar a sus conciudadanos." "Ningún criterio político brillante —afirmará también refiriéndose a Burke— le parecía digno de los esfuerzos y del sacrificio actual."

Se podrá estar o no de acuerdo con esta filosofía del plazo inmediato, pero es evidente que fundamentó, junto con las apremiantes necesida-

des socioeconómicas de su época, la preferencia de los planteamientos keynesianos por el corto plazo. "El *largo plazo* —escribía en *A Tract on Monetary Reform* (1923)— constituye una guía errónea para los asuntos corrientes. *A largo plazo* todos estaremos muertos. Los economistas se asignan a sí mismos una tarea demasiado fácil, demasiado inútil, si en las épocas críticas sólo nos pueden decir que cuando la tormenta haya pasado el océano volverá a estar tranquilo." Un pensamiento aplicable, sin duda, a los apremios de la estanflación —paro con estancamiento— propios de la actual crisis todavía en 1985. Mas hoy se piensa, en cualquier caso, que la mejor solución para los problemas socioeconómicos a corto plazo está en su encuadramiento en una planificación duradera, a largo plazo, con el fin concreto de eliminar incertidumbres empresariales.

¿Era Keynes totalmente ajeno, reacio, al largo plazo? No lo era, a juzgar, por de pronto, por el título y el contenido de su conferencia pronunciada en Madrid, antes aludida. El encabezamiento de la misma rezaba: "las posibilidades económicas de nuestros nietos". Keynes miraba entonces a nuestro tiempo, a los últimos veinte años del siglo XX, y veía el panorama con optimismo. Creía se darían las dos condiciones precisas, para él, para asegurar el desarrollo económico a largo plazo: la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Unas condiciones que era inútil buscar más atrás del siglo XVIII. "Es en verdad notable —escribía— la ausencia de importantes inventos técnicos entre la era prehistórica y los tiempos modernos. Todo lo que verdaderamente importa y que el mundo poseía al comienzo de la Era Moderna ya era conocido por el hombre en el amanecer de la historia. El lenguaje, el fuego, los mismos animales domésticos que tenemos hoy día, el trigo, la cebada, el vino y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, la piel, el lino y los paños, ladrillos y ollas, oro y plata, cobre, estaño y plomo —y el hierro se añadió a la lista antes del año 1000 antes de Jesucristo—, la banca, el estado, las matemáticas, la astronomía y la religión... No existen datos de cuándo poseímos todas esas cosas por primera vez." "Pero ahora —decía en Madrid— disponemos de técnica y medios para llegar a una nueva era de prosperidad económica... Los perfeccionamientos técnicos —añadía— de estos días y, sobre todo, de los días próximos serán tan extraordinarios que el hombre encontrará a poco coste lo que necesite."

Ambos factores —progreso tecnológico y acumulación de capital— se dan también en nuestros días. Podemos, por lo tanto, también hoy alimentar un optimismo keynesiano a largo plazo, si somos capaces, como él lo fue, de creatividad, para afrontar con éxito nuestra crisis, diferente de la de los años 30, a corto y medio plazo. Para ello necesitamos inventar y poner en práctica una política económica *racional*. Ella, según Keynes, requiere "evitar dos tentaciones: la sembrada, de una parte, por el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que nada nos puede salvar, si no es un cambio violento del sistema económico. Y, por otro lado, la originada por el pesimismo de los reaccionarios, que consideran el equilibrio de nuestra vida económica y social tan precario que no debemos arriesgarnos a hacer cambios y experimentos".

Keynes pensaba con optimismo que hacia el final del siglo XX las

naciones desarrolladas se situarían en un nivel de vida entre cuatro y ocho veces superior al que ostentaban en 1930. El hombre en esas áreas habría cubierto sus necesidades *absolutas* —las primarias y verdaderas, como son la alimentación, el vestido, la vivienda, la instrucción básica, etcétera— y, si perseguía con menos avidez la satisfacción de todas sus necesidades *relativas*, podría dedicarse a cultivar y alcanzar los verdaderos fines y metas de la vida humana, aludidos al principio. La economía habría cumplido perfectamente ahí con su naturaleza y sus objetivos.

Desgraciadamente la sociedad de consumo, con la publicidad y las técnicas de mercadeo, continúa dedicándose a despertar y descubrir nuevas necesidades cada vez más artificiales y menos precisas, de tal manera que someten al hombre, en los países industriales, a un economismo verdaderamente absurdo, en contra de los ideales keynesianos.

La clave de la "General Theory"

Las tres obras fundamentales de Keynes son las siguientes: el *Tract on Monetary Reform* (1923), el *Treatise on Money* (1930) y la *General Theory of Employment, Interest and Money* (1936). De ellas la más importante, completa y definitiva es la *General Theory*. Keynes fue dando cada vez menos importancia a las fuerzas que determinan las variaciones en los precios para centrarse cada vez más en las que influyen o producen las alteraciones (crecimiento, disminución, estabilidad) en la Renta Nacional y el empleo. De ahí llegó a colocar como piedra angular de su teoría a la *demanda efectiva* (la demanda real, en una sociedad, de bienes y servicios de consumo más su demanda real de bienes y servicios de inversión). Así lo demuestra la siguiente carta de Keynes a Harrod: "Usted no menciona (en el artículo que Harrod escribió comentando la *General Theory*) la *demanda efectiva* o más concretamente la estructura de la demanda del producto total... Para mí el hecho más singular y extraordinario al contemplar la historia del pensamiento económico, es la completa desaparición de la teoría de la demanda y oferta totales, esto es, la teoría del empleo, *después* de haber sido durante un cuarto de siglo el tema más discutido de la Ciencia Económica. Para mí uno de los cambios más importantes, tras haber publicado mi *Treatise on Money*, es el haber adquirido conciencia clara de este hecho de forma súbita. Me di cuenta de ello tan sólo después de haber enunciado la ley psicológica de que, cuando la renta crece, aumentará la diferencia entre renta y consumo, una conclusión de enorme importancia para la formación de mi pensamiento. A partir de ahí y bastante más tarde, me di cuenta de que el interés no era sino la consecuencia de la preferencia de liquidez. Por fin, después de una gran cantidad de borradores y de continuas ideas obtuve una definición adecuada de la eficacia marginal del capital, con todo lo cual pude unir los distintos elementos de mi teoría."

Aparecen en esta cita el mensaje central de la *General Theory* —la demanda efectiva— y otros tres elementos clave de la teoría keynesiana: la propensión marginal al consumo decreciente con el aumento de la renta o ingresos; el interés como precio que equilibra, no el ahorro y la inversión, sino la oferta y demanda de dinero líquido; la eficacia marginal

del capital o tanto por uno de rentabilidad esperada de una inversión como motor de la actividad empresarial.

La demanda efectiva, pública y privada, de bienes de consumo y de bienes de inversión, determina los niveles de Renta Nacional y de empleo. ¿Por qué? Porque nadie produce para quedarse con la mercancía, sino para venderla en el mercado. Por eso, si no se vende todo lo que se produce, se reduce la Renta Nacional y el empleo al nivel de las ventas —compras— efectivas. Por eso el estímulo a la demanda —incluida la pública— puede ser un buen camino para impulsar la economía hacia cotas de pleno empleo.

De ahí que, cuanto mayor sea la propensión marginal al consumo (la inclinación a gastar en bienes y servicios de consumo los incrementos adicionales de renta o ingresos) más deprisa se podrá avanzar hacia el pleno empleo y el aumento de la Renta Nacional. Pero como la psicología nos dice que la propensión marginal individual al consumo es finalmente decreciente con el incremento de la renta, cada vez será más difícil adelantar hacia el pleno empleo a medida que la Renta Nacional crece y se desarrolla. Es decir, que es más fácil por el mecanismo de estimular la demanda efectiva crecer y crear empleo en los primeros estadios de la salida de la depresión que en los últimos, que en los alrededores del pleno empleo.

Con relación al tipo de interés, Keynes desautoriza la visión clásica del mismo como equilibrador entre la oferta de fondos prestables (ahorro) y su demanda (inversión). Keynes sostiene que esa imagen es equivocada; que el interés lo que iguala es la preferencia de liquidez (demanda de dinero líquido) con su oferta (oferta monetaria de dinero legal y de crédito a la vista). De ahí explica que pueda haber un exceso de ahorro no invertido por más que bajen los tipos de interés. Keynes concibe la inversión no como una función del tipo de interés, sino como algo que depende en última instancia de la decisión libre del empresariado. La inversión puede ser estimulada, ciertamente, en circunstancias normales, por la caída de los tipos de interés y la mejora de las expectativas empresariales (de la eficacia marginal del capital), pero no es propiamente ni en sentido estricto una función matemática. Puede ser animada, particularmente, por la eliminación de elementos de *incertidumbre* sobre el futuro: estabilidad política, programación a largo plazo, cuadros macroeconómicos de futuro bien definidos, transparencia informativa, etc. Pero nadie evitará que el empresario deba tomar sus decisiones de futuro en condiciones radicales de incertidumbre.

Como decimos, puede ayudar asimismo la caída de los tipos de interés, del coste por la disponibilidad del dinero líquido que necesita el empresario. Preguntado Keynes por qué daba tanta importancia a la demanda de dinero, respondía: "Porque, en parte sobre una base razonable y en parte también instintiva, nuestro deseo de retener dinero como una fracción de la riqueza acumulada es un barómetro del grado de desconfianza de nuestros cálculos respecto del futuro. La posesión de dinero pacífica muestra inquietud y la prima que exigimos por sacrificar la posesión del dinero constituye la medida del grado de nuestra inquietud sobre el incierto futuro." Es decir, que las inversiones creadoras de empleo se

ven también desalentadas indirectamente cuando aumentan las incertidumbres sobre el futuro. Porque tales incertidumbres incrementan en el público en general la demanda de dinero líquido; tal aumento de la demanda impulsa hacia arriba los tipos de interés; y tal alza de los tipos de interés estrecha los márgenes de la rentabilidad esperada por los empresarios y desalienta, por lo mismo, las inversiones.

Su teoría central, Keynes la plasmó en concreto en tres actitudes de política económica:

1.^a Su rechazo, por razones teóricas, de una política de reducción de salarios como remedio del desempleo. Los clásicos habían creído lo contrario: bastaba con que el *precio del trabajo*, el salario, fuera lo suficientemente flexible a la baja para que el mecanismo de la oferta y la demanda asegurara siempre el pleno empleo. Keynes piensa, en primer lugar, que las condiciones de incertidumbre pueden ser tales que, por más que caigan los niveles de sueldos, los empresarios no se decidan a invertir lo suficiente. En segundo lugar, veía que la hipótesis de flexibilidad total de los sueldos a la baja no era realista en una sociedad laboral dominada institucionalmente por los sindicatos y por regulaciones legales sobre salario mínimo. En tercer término, Keynes no veía los salarios sólo en su vertiente de coste empresarial, sino también en su aspecto de demanda efectiva necesaria; la caída de los salarios podría deprimir la demanda efectiva en los mercados de bienes y servicios de consumo.

2.^a La segunda actitud política —de política económica— de Keynes se refiere a su escepticismo sobre la política monetaria. “Por mi parte —dice— me siento ahora algo escéptico sobre el éxito de una política monetaria tendente a influir sobre el tipo de interés. Creo que será el Estado, que se encuentra en situación ventajosa para estimar la eficacia marginal de capital, con una visión de largo plazo y en aras del beneficio social, el que acentúe su participación en la inversión total del país, ya que parece probable que las fluctuaciones de la estimación por los empresarios de la eficiencia marginal de las distintas inversiones, son demasiado grandes para poder ser contrarrestadas mediante variaciones en los tipos de interés.” Dos ideas importantes aparecen en esta cita: la primera, que la política monetaria de tipos de interés —de su mantenimiento en niveles razonables— puede ser buena para estimular las inversiones en períodos de cierta estabilidad pero no en otros de grandes perturbaciones e incertidumbres. La segunda, la importancia de la beligerancia directa del Estado a través de las inversiones públicas, para reanimar la demanda efectiva, la Renta Nacional y el empleo.

3.^a Que deriva de ahí: su insistencia en la importancia de la política fiscal. “El Estado —escribe— tendrá que ejercer una influencia orientadora en la propensión al consumo, mediante distintas medidas: en parte, mediante el sistema fiscal; en parte, mediante la fijación del tipo de interés, y en parte, de otras formas más directas. Parece poco probable que la influencia de la política monetaria sobre el tipo de interés baste por sí misma para lograr el índice óptimo de inversión. Creo, por tanto, que una socialización de la inversión total resultará el único medio para asegurar una aproximación satisfactoria a la situación de pleno empleo, aunque esta política no deba ni tenga por qué excluir la adopción de toda suerte

de compromisos y de instrumentos mediante los cuales el sector público coopere con la iniciativa privada." He aquí el origen keynesiano del capitalismo *mixto* —iniciativa privada más sector público empresarial beligerante— que ha predominado en los países industriales de occidente desde la Segunda Guerra Mundial, que ha prevalecido en la larga etapa de prosperidad que va desde 1951 a 1973.

Keynes y los salarios

La meta de Keynes fue la estabilización de la economía con pleno empleo. Evitar la inflación y el desempleo fueron sus dos grandes objetivos. Para combatir el desempleo nunca defendió, en sus tres principales obras citadas arriba, la reducción de los salarios monetarios. Esta defensa le parecía propia de la economía clásica, tradicional, convencional, ya superada.

Pero en cada uno de esos tres libros existen diferencias importantes en esta materia. En los dos primeros cronológicamente Keynes sostenía la eficacia teórica de la disminución de los salarios monetarios en la reactivación de las inversiones. La secuencia era la siguiente: reducción de salarios monetarios equivale a disminución de costes internos; disminución de costes internos significa, a igualdad o elevación de los precios de venta, mejora de los beneficios; a la mejora de los beneficios debe responder una reactivación de la actividad empresarial, de las inversiones, y la creación de empleo. Pero mirando a la *práctica* Keynes observaba una gran rigidez institucional de los salarios monetarios a la baja, sobre todo por la acción y la postura de los sindicatos. Por eso, el de reducción de los salarios, le parecía un camino poco operativo para la creación de empleo. Creía, en esos años, preferible la aplicación de la política monetaria con el fin de reducir los tipos de interés, a *corto plazo* en el *Tract on Monetary Reform*, a *largo plazo* en el *Treatise on Money*.

Algo más adelante volvió sobre el tema de la caída de los salarios como estimulante para la creación de empleo. Ahora pensaba que, si los salarios monetarios no eran institucionalmente sensibles a la baja, sí lo eran los salarios reales, medidos en poder de compra. Y lo eran por el famoso fenómeno de la *ilusión monetaria*. Según él los trabajadores de aquel tiempo eran sensibles a la caída de los salarios nominales, pero no lo eran, gracias, sin duda, a la inflación sólo reptante, moderada, a su descenso en poder adquisitivo, en poder de compra. De ahí que una cierta inflación, una cierta subida sostenida de los niveles de precios, podía implicar una baja efectiva de los salarios reales y estimular así las inversiones y la creación de empleo.

En la *General Theory* cambia incluso la visión teórica, no sólo práctica, del problema. Keynes concluye: "no existen razones para mantener la creencia de que una política de salarios flexible sea capaz de mantener una situación continuada de pleno empleo". ¿Por qué? Porque salarios menores significan menor demanda efectiva y, por lo tanto, caída de los niveles de precios; de ahí, mayor disponibilidad de dinero real (medido en poder de compra) por parte de las empresas, dada una determinada

oferta monetaria. Este incremento de la oferta monetaria tenderá a reducir los tipos de interés. Pero no es seguro que esta baja de los tipos de interés estimule las inversiones y la creación de empleo. Y no es seguro, bien porque puede aumentar autónomamente en el sistema la preferencia por la liquidez, que impulsaría de nuevo hacia arriba los tipos, bien porque las expectativas empresariales pueden estar tan deprimidas que no baste para devolverles el tono vital este estimulante de los tipos de interés. Tanto más cuanto que, si las expectativas empresariales están muy hundidas, la caída supuestamente estimulante de los tipos de interés tendría que ser bastante drástica, consecuencia, por lo mismo, de una disminución de los salarios, al menos reales, también drástica. Pero esto último hundiría en un círculo vicioso y en un proceso acumulativo las ventas, las expectativas, la inversión y el empleo. Para Keynes entonces, en el caso de un grave desempleo y depresión, sólo una actuación vigorosa del Estado a través de la política fiscal y las inversiones públicas, puede poner de nuevo a la economía en la vía de la recuperación y el empleo.

Hoy día, en relación con la aguda crisis que padecemos desde 1973, los economistas poskeynesianos piensan en general que sería claramente positivo para la creación de empleo una política de rentas que contuviera las elevaciones de los salarios reales. Porque nuestra crisis es distinta de aquélla de los años 30 (ahora inflación depresiva o estanflación, escasez de materias primas y energía, alteración de los precios relativos de los factores productivos frente a deflación depresiva y abundancia de factores entonces), los remedios tienen que ser también parcialmente distintos. Hoy, si los salarios reales se mantienen o suben mientras la renta real del país disminuye por el encarecimiento de las materias primas y de la energía, se produce un desplazamiento de las pérdidas hacia las rentas y los rendimientos de capital. Esa actitud defensiva de los trabajadores ocasionaría un *paro clásico* que Keynes no analizó. Un paro clásico, es decir, debido a la no existencia de una demanda de trabajo suficiente por parte de los empresarios a los precios rígidos (a los salarios rígidos) de esa oferta de los trabajadores. En esa situación actual sólo unas moderadas reivindicaciones salariales podrían mejorar el nivel de empleo ante los denominados *schocks* de oferta, es decir, ante esos problemas que se presentan ahora por el lado de la oferta: escasez de materias primas y energía, alteración de los precios relativos de los factores (trabajo y capital), necesidad de reconversión industrial de muchos sectores, etc. Si no se moderan hoy esas demandas salariales, sucederá en gran medida lo que vemos está aconteciendo en España: que buena parte de las inversiones empresariales se dedican al pago de indemnizaciones por despido y a las llamadas inversiones en productividad, es decir, en sustitución de trabajo por maquinaria.

Keynes y la inflación

Keynes afirmaría que el paro "es la más grave injusticia social del sistema capitalista". Pero también consideraba injusta a la inflación. Escri-

bía: "La inflación es injusta y la deflación ineficaz. De los dos males, quizá la deflación sea el peor, si eliminamos los casos de una inflación crónica como la de Alemania (de los años veinte), porque es peor en un mundo empobrecido provocar desempleo que defraudar al rentista. Pero no deben contraponerse ni sopesarse entre sí estos dos males. Es más fácil convenir que ambos constituyen peligros que deben evitarse. El capitalismo actual, precisamente porque confía el ahorro al inversor individual y la producción a la empresa privada, necesita y presupone una medida estable de valor, y no puede ser eficaz —ni siquiera sobrevivir— sin ella".

Es decir que Keynes, entre ineficacia (paro) e injusticia (inflación), se inclina por la injusticia, pero a la postre confiesa que la inflación, en un sistema capitalista de empresa privada, también es ineficaz, porque trastorna ese régimen al eliminar una medida estable de valor, la moneda no depreciada.

También hoy podemos convenir, en nuestra crisis, que el paro y la inflación son injustos y que es preciso luchar, como entonces, por eliminarlos conjuntamente. También y sobre todo hoy la inflación es ineficaz, no sólo porque priva al sistema capitalista fundamentalmente privado de una medida estable de valor, sino porque coloca al empresario entre la espada y la pared; entre la espada de unos costes crecientes y la pared de la imposibilidad de trasladar a los precios de venta la inflación de costes, porque la demanda esta deprimida por la crisis y reacciona retrayéndose más, ante la subida eventual de los precios. Consecuencia actual de la inflación es, entonces, el estrechamiento de los márgenes empresariales y, de ahí, el desaliento ulterior de las inversiones y el incremento del paro.

Keynes pensaba que si se lograba restablecer la confianza del público en el valor real futuro de sus ahorros (eliminando la inflación, estabilizando los precios en el futuro) y se conseguía reducir el desempleo (todo ello a corto plazo), el desarrollo a largo plazo volvería a discurrir al ritmo satisfactorio alcanzado en el pasado por los países europeos. "Si la política económica —decía— se ocupa de resolver los problemas a corto plazo, el largo plazo se ocupará de sí mismo." Algo parecido se puede afirmar, sin duda, de la crisis actual (atención a los mismos problemas —paro e inflación— a corto plazo), pero dentro de un conveniente programa de planificación a medio y largo plazo, con el fin de hacer desaparecer incertidumbres en esa perspectiva.

A pesar de todo lo dicho hasta ahora, se ha acusado a Keynes de no dar excesiva importancia práctica al riesgo de la inflación. Pensamos que es natural que Keynes no se lo diera. En aquel tiempo no era la inflación la que iba unida al paro, sino el fenómeno contrario, la deflación, la depresión económica. La preocupación fundamental de aquella sociedad era salir de la depresión y del paro. La inflación la veían lejana, como un desbordamiento de la prosperidad y de una situación de pleno empleo. Hoy no cabe, como hemos dado a entender, esta gradación de prioridades, porque hoy, en la estanflación, la inflación se presenta asociada al fenómeno del paro. Es preciso luchar simultáneamente contra los dos.

La política de inversiones públicas

La maduración del pensamiento keynesiano se fue centrando en la idea del capitalismo *mixto* (iniciativa privada más intervención del Estado). Y, dentro de esta conveniente beligerancia estatal, tuvo un papel prioritario la idea de las inversiones públicas, de las obras públicas. Por encima, en concreto, del manejo de la política monetaria.

“La inversión —decía Keynes— es un asunto que no puede dejarse sólo en manos privadas” si quiere aumentarse el empleo. En carta abierta al presidente Roosevelt, publicada en el *New York Times* (31-12-33) le instaba a separar las dos partes de su política económica —la recuperación y la reforma— acentuando la urgencia de la primera, lograda mediante una inversión pública vigorosa, financiada con deuda y asistida por una política monetaria de dinero barato que aumentase y prolongase los efectos favorables de las inversiones públicas sobre la producción y el empleo.

De todas maneras no se entendió demasiado bien con Roosevelt, en su entrevista de junio de 1934. Téngase en cuenta que de aquel presidente era este principio antikeynesiano: “la contribución más efectiva que cualquier Gobierno puede hacer a la economía es reducir el gasto federal”. Comentó Roosevelt a Miss Perkins la entrevista: “Vi a su amigo Keynes. Me dejó un verdadero galimatías de cifras. Debe ser matemático más que economista.”

Por el contrario, afirmaba Keynes: “Las autoridades públicas... deben estar dispuestas, no ya a prestar, sino a pedir prestado. En otras palabras, el Gobierno debe promover, por sí mismo, un programa de inversión interior...” El problema era crear empleo y demanda de bienes, sea por la iniciativa privada sea por la pública. El Gobierno tenía en su mano esta segunda modalidad. Incluso llegó Keynes a considerar interesante para la recuperación el emplear obreros en abrir zanjas que luego volvieran a tapar. Al menos se les retribuía y esa retribución, al transformarse en gasto, animaba la demanda, los mercados, tiraba de las ventas y de las expectativas empresariales.

“Es improbable —afirmaba Keynes— que la empresa privada vaya a emprender por su propia iniciativa nuevas inversiones en cuantía suficiente. La empresa no invertirá hasta *después* de que haya empezado a obtener beneficios... por consiguiente, el primer paso ha de darse en estas circunstancias por la autoridad pública. Esa inversión ha de ser en gran escala y organizada con resolución, si es que se quiere romper el círculo vicioso de la depresión... Alguien con espíritu cínico que haya seguido el argumento hasta aquí puede llegar a la conclusión de que nada, excepto una guerra, puede terminar con una depresión larga. Y es que, hasta el momento, los Gobiernos han considerado que sólo una guerra constituye el único objetivo respetable para un gasto financiado a déficit. En todos los gastos de paz, los Gobiernos se consideran tímidos, suplicantes, timoratos, sin perseverancia ni determinación, pensando en la deuda como una obligación y un pasivo, y no como un eslabón más en

la transformación del exceso de recursos parados y derrochados en su pasividad."

También hoy creemos aplicable a nuestra crisis esta filosofía de las obras públicas creadoras de empleo. Pero lo que sucede ahora es que el gasto público se centra sobre todo en transferencias corrientes no directamente productivas ni creadoras de empleo. Hoy el déficit público, sobre todo por ese motivo, debe tener un tratamiento distinto del de los años 30 (1).

Keynes y nuestros días

En las páginas anteriores hemos comparado a veces la situación que vivió Keynes y la nuestra de 1985. Es válida, en general, la afirmación de Joan Robinson: "Nadie debería tratar de defender a Keynes al pie de la letra o aplicar sus escritos literalmente a los problemas de hoy".

Nuestra crisis es distinta de la de los años 30. Como dice E. Fuentes Quintana, "el gran acontecimiento histórico que define nuestro tiempo y le separa de la era keynesiana es la radical y súbita modificación de los costes y precios relativos (trabajo vs. maquinaria y capital, productos manufacturados vs. materias primas y energía) que se va fraguando en la segunda mitad de los años sesenta y que, empujada por la incontrolada inflación estadounidense (pese a las advertencias preventivas de los economistas keynesianos), asociada a la guerra del Vietnam, va a estallar con la crisis energética de 1973. La conmoción en la relación real de intercambio constituye el origen de una serie de efectos que están hoy presentes en la crítica situación de las distintas economías: desequilibrios de las balanzas de pagos y crecimiento de la deuda exterior; efecto depresivo sobre la producción industrial y comercio mundial; obsolescencia técnica de los equipos instalados, prematuramente envejecidos a consecuencia de la modificación radical de los precios de materias primas, energía, trabajo y capital; traducción inflacionista de esa conmoción de precios relativos en el interior de las distintas economías nacionales, traducción dependiente de la cuantía de las importaciones y, sobre todo, de las reacciones de mercados y productos frente a la pérdida nacional impuesta por la caída de la relación real de intercambio".

Con estas características, nuestra crisis es hoy una crisis de oferta, es decir, una crisis que afecta sobre todo al lado de los procesos productivos. Una crisis muy distinta de la centrada en la demanda efectiva global, sin escaseces ni inflación por el lado de la oferta de factores productivos (materias primas y energía) que Keynes conoció. Hoy es preciso, sobre todo, proceder al ajuste y adaptación de los propios procesos productivos a las nuevas condiciones de los precios relativos. La prioridad absoluta hoy es la adaptación productiva desde la oferta. Además de regular hoy la demanda agregada, como en tiempo de Keynes,

(1) Véase J. GOROSQUIETA: *El Déficit Público* en REVISTA DE FOMENTO SOCIAL, n.º 149, enero-marzo 1983, págs. 23 ss. y *Dominar la Crisis y crear empleo*, ib., n.º 156, octubre-diciembre 1984, págs. 345 ss.

es preciso sobre todo ajustar la producción de los distintos sectores y empresas para responder a esas nuevas condiciones de costes y precios relativos. No vale, sin más, la estrategia keynesiana. Si algo hemos de hacer hoy es cultivar la gran virtud de Keynes: su permanente disposición de ánimo para adaptar sus razonamientos a la tozudez de los hechos. Hoy la asignación de recursos mediante variaciones de precios y costes relativos no constituye, como afirmó Keynes en su tiempo, "un ejército para escolares". Es, por el contrario, un asunto básico.

Tibor Scitovsky ha señalado los peligros del sistema capitalista en unos momentos en que muestra, como ahora, fuerte arteriosclerosis ante la necesidad absoluta de flexibilidad de costes y de precios. En tales circunstancias, las actuaciones keynesianas sobre la demanda global para mantener la producción y el empleo, no harán otra cosa que promover una capacidad de compra que se estrellará en humos inflacionarios y desajustes crecientes de la economía a largo plazo contra las rigideces del sistema económico.

Otro aspecto importante. Keynes creyó que no habría peligro en abrir, sin límites previos ni reglas fijas, en una democracia, las puertas al gasto público y a la intervención discrecional del Estado. Que la "burguesía ilustrada" gobernante sería una garantía para la puesta en práctica de una política económica *racional*. Minusvaloró la presión pública de los grupos de intereses privados y colectivos y la consideración de la democracia como mercado político de votos. Consecuencia: no siempre la política económica ha sido racional, se han desbordado los gastos públicos sobre todo los que se materializan en gastos y transferencias públicas corrientes. La apertura keynesiana a la manipulación de la política económica del gasto y del déficit, eliminando los viejos dogmas del gasto mínimo y del equilibrio presupuestario comportaba peligros ciertos que nuestro tiempo ha comprobado sobradamente. Es preciso volver hoy a la política *racional*, a través del control parlamentario de las administraciones públicas.

Como escribe L. Angel Rojo, "las políticas basadas en estos principios (keynesianos) han acumulado un activo considerable en término de bienestar durante el largo período de expansión de la segunda posguerra; pero también han tendido a crear economías rígidas, resistentes a los ajustes, proclives a la inflación y crecientemente dominadas por la imagen de un Estado que debe y puede hacerlo todo, resolverlo todo, mantener los equilibrios macroeconómicos, ocuparse de todos los aspectos de la vida de los ciudadanos y asumir riesgos crecientes desplazados desde las instancias de ámbito menor —unas expectativas que ninguna institución humana puede, ciertamente, satisfacer y a las que no puede intentar responder sin generar distorsiones y afectar a los incentivos de los agentes económicos.

Estos peligros estaban implícitos en la idea de Keynes de un Estado dispuesto a cabalgar sobre las modernas sociedades organizativas para imponer una 'dirección consciente' a su evolución. Lo estaban, aunque, desde la sociedad básicamente liberal que vivió Keynes, resultaba difícil prever los desarrollos posteriores".

Es necesario volver hoy a la disciplina ajustada en la política económica y caminar, en la teoría, hacia una nueva ortodoxia.

Hacia una nueva ortodoxia

Alfred S. Heichner describe así la actual lamentable situación de la ciencia económica, una vez superada la ortodoxia clásica por Keynes y la ortodoxia keynesiana por los propios acontecimientos de la actual crisis: "la teoría económica resulta cada vez menos útil para el que espera comprender fenómenos del mundo real como el crecimiento económico, las fluctuaciones cíclicas, la inflación, la pobreza, el desempleo y el subdesarrollo —e incluso el éxito empresarial—. Funcionarios, hombres de empresa, estudiantes, ciudadanos de a pie, todos se encuentran con una teoría económica divorciada de la realidad que necesitan comprender. Es justamente este contraste entre refinamiento (teórico) y relevancia el que subyace en la actual crisis de la ciencia económica, una crisis que amenaza con terminar con la propia denominación de ciencia para esta disciplina".

Un primer camino constructivo de investigación está siendo el de la denominada "síntesis neoclásica". Reivindica la validez del modelo clásico del equilibrio a largo plazo. Ese modelo, con plena flexibilidad de precios y salarios y tendencia a alcanzar los precios correspondientes al equilibrio con pleno empleo a largo plazo, se presenta como el caso teórico *general*. El modelo de Keynes, con una rigidez a la baja de los salarios monetarios capaces de provocar situaciones de equilibrio con subempleo, aparece como un caso teórico *especial*, aplicable al corto plazo —aunque se acepta que el caso teórico especial es más *realista* en sus supuestos y, por tanto, de mayor valor en la economía aplicada. El modelo teórico a corto plazo —keynesiano— se presenta como derivado del modelo general a largo plazo —neoclásico— mediante la introducción de un supuesto específico —la rigidez a la baja de los salarios—. No niega, pues, esta vía, ni a Keynes ni a los clásicos, sino que los integra en una unidad superior.

Por los años cincuenta comienza a fraguarse una nueva teoría, en cierto modo antikeynesiana: la del *primer monetarismo* de Milton Friedman. Ataca las políticas convencionales de estabilización que aspiraban a lograr una combinación óptima de paro e inflación considerando a estas dos magnitudes como intercambiables: a mayor inflación menor paro y viceversa. Su posición se puede resumir así:

a) No son tan necesarias las políticas de estabilización porque la inestabilidad del sector privado no es tan grande como se cree.

b) Las medidas monetarias superan ampliamente a las fiscales en cuanto a la intensidad y eficacia de sus efectos sobre la economía.

c) Hay una "tasa natural de paro", debida en buena parte a causas psicológicas e institucionales, que es inútil pretender rebajar con medidas de política económica.

d) Las autoridades carecen de información suficientemente precisa en la que apoyar las políticas discrecionales de estabilización de la economía. En consecuencia Friedman propone el abandono de tales políticas

convencionales y sustituirlas por "normas" referentes, en el campo fiscal, al mantenimiento del equilibrio presupuestario y, en el campo monetario, al crecimiento de la cantidad de dinero a un ritmo estable y compatible con una inflación aceptable.

En los años setenta se ha desarrollado con fuerza un *segundo monetarismo*, que aparece con pretensiones de innovación teórica y que ha adquirido la denominación de Nueva Macroeconomía Clásica. Proponen normas frente a discrecionalidad, la renuncia a políticas sistemáticas anticíclicas y al intento de compensar por vías monetarias *shocks* de oferta como el provocado por el encarecimiento del petróleo. Recomiendan, asimismo, el abandono de políticas sorpresivas, por perturbadoras, y un esfuerzo por difundir lo más posible la información en la economía. La principal tarea de la política monetaria y de la política fiscal habrá de consistir en proveer al sector privado de un entorno estable y predecible.

Existe también un *fundamentalismo keynesiano*, con centro en Cambridge (Inglaterra) que trata de preservar el que considera pensamiento original de Keynes y que rechaza la subordinación de sus ideas a la rehabilitación del pensamiento ortodoxo clásico realizado por la "síntesis neoclásica".

Se dan además, diversas corrientes neokeynesianas que tratan de desarrollar las ideas de Keynes enlazando con ellas. Consideran, en general, que los tres lados del triángulo poskeynesiano son la distribución, la inversión y el mecanismo de los precios. Pero, como afirma uno de ellos, Alfred S. Eichner, "el paradigma incipiente (la teoría poskeynesiana) es más un programa de búsqueda, con improductivas líneas de investigación entrelazadas, que un cuerpo de conocimientos completamente desarrollado".

Dice L. Angel Rojo, a la vista del panorama que presenta hoy la ciencia de la Economía: "En conjunto, el panorama actual de la Macroeconomía se caracteriza por un grado notable de confusión. La línea de pensamiento procedente de Keynes atraviesa una crisis profunda ante una evolución de la realidad que no ha sido capaz de explicar satisfactoriamente y aún menos de dominar. Las nuevas ideas, por su parte, aún no están consolidadas y no dejan de ofrecer flancos débiles frente a la evidencia empírica."

Esperemos continúen los esfuerzos desde una postura netamente keynesiana: la de estar dispuestos a adaptar continuamente los análisis teóricos a los nuevos datos y hechos que vaya imponiendo la realidad empírica. Sólo así obtendremos una nueva ortodoxia consistente, con su principio fundamental interno de llamada al cambio.

BIBLIOGRAFIA

- Revista PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA, n.º 17, dedicado a conmemorar tres centenarios: C. Marx (1818-1883), J. Schumpeter (1883-1950), J. M. Keynes (1883-1946).
- ROJO, Luis Angel: *Keynes: su tiempo y el nuestro*. Alianza Editorial. Madrid, 1984.
- EICHNER, Alfred S. y varios: *Economía poskeynesiana*. Edit. Hermann Blume. Madrid, 1984.